

LA LLEGADA DE UNA MUSA A UN MUSEO

Leonardo López Luján



La escultura mexicana más grande de la que se tenga noticia fue descubierta de manera inesperada en el corazón de la ciudad de México el 2 de octubre de 2006. En aquel día memorable y tras cinco siglos de enterramiento, esta obra maestra del arte universal emergió gradualmente a la superficie para mostrarnos su cuerpo mitad humano y mitad animal. Pronto se confirmó que representaba la advocación femenina de Tlaltecuhltli (“Señor/Señora de la Tierra”), divinidad que en la cosmovisión mesoamericana se ubicaba en el alfa y el omega de un tiempo de suyo circular: Tlaltecuhltli era quien procreaba a las plantas, los animales, los seres humanos y los astros; pero también era ella quien los devoraba cuando regresaban al útero materno en el momento de morir.

Hace unos cuantos meses, esta espectacular mole de 12 toneladas llegó al Museo del Templo Mayor para ocupar ahí el lugar de máximo privilegio. Ahora, desde las alturas, los visitantes de este recinto pueden abarcar con la mirada su vasta totalidad, tal y como antaño lo hicieran los sacerdotes y las víctimas sacrificiales desde la cúspide de la pirámide doble de Tenochtitlan. El monolito, esculpido en una andesita rosácea y decorado con vívidos colores, nos muestra una efigie frontal y en posición de parto. Llama la atención su cabello rizado, antítesis indígena de lo bello y propio de los númenes de la oscuridad y el inframundo. El rostro se identifica por sus típicos ojos de media luna, mejillas con afeite de círculos y boca descarnada. Aunque fracturado e incompleto, el torso aún nos deja vislumbrar los senos flácidos y pliegues abdominales de una madre prolífica, así como una incisión circular de la que brota un flujo de sangre que llega hasta la boca. Dentro de la incisión aún se perciben dos pies diminutos, restos de la imagen de una deidad o un gobernante que nunca conoceremos. Una falda corta con cráneos y huesos cruzados servía para distinguir a los formadores del universo, al tiempo que las robustas garras infundían en el fiel ese doble sentimiento de veneración y terror tan característico de las religiones prehispánicas. ■